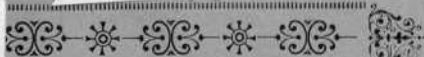


82910

F VII
15

5667



El Camino de la Dicha

BIBLIOTECA POPULAR



ANGEL BUENO



ALMA



Administración:

1-SAN IGNACIO-1
MADRID



67



S. 82910

D: 15

R 3285

PUBLICACIONES DEL CENTRO DE EDUCACIÓN MODERNA.

EL CAMINO DE LA DICHA

BIBLIOTECA POPULAR

ANGEL BUENO

I

SEPTIEMBRE DE 1897

ALMA

Bovin-
Lib. de Segovia
de Segovia



BURGOS:

Imp. y lib. de Hijos de Santiago Rodríguez,

Pasaje de la Flora, 12.



Hecho el depósito que marca
la ley.

PROPÓSITO.

Pretendo aquí una serie de publicacioncillas sobre asuntos de tan alto interés para la vida, que no vacilo en darlas el título general de *El Camino de la Dicha*. El alma, Dios, la Naturaleza, el hombre, la dicha del vivir y del cumplimiento del deber;... los conocimientos más principales para la carrera de la vida, que todos hemos de seguir; Ciencia, Arte, Historia;... el cómo debemos apreciar y penetrar los conocimientos humanos, y cómo podemos hacerlos con gusto y aprovechamiento.... etc., etc.

Escribo para quien puedo y estoy obligado á enseñar: para aquellos que por su edad, condiciones ó circunstancias especiales, no cuentan con la suficiente cultura ni el criterio preciso, ni tal vez con ocasión ni tiempo, para encaminarse por sí mismos á la felicidad, buscando en todo la Verdad, el Bien y la Belleza. A veces, el incomprensible lenguaje de los libros de estudio para quien no tiene costumbre de profundizar; y el natural mareo, fatiga y enojo que produce el hecho, aleja el ánimo de la fruta apetecida; y muchos por ésto no se enteran en la vida de cosas tan necesarias como el pan nuestro de cada día, privando así á la sociedad de miembros útiles, á la nación de dignos ciudadanos, á las familias de felicidad, al individuo de tranquilidad de conciencia y salvación.

Es difícil hacerse comprender en ciertos asuntos, por falta de inteligencia para exponerlos al alcance de quien nada de ellos conoce; pero quien me siga con paciencia, sepa que ante todo pretenderé ser claro; y que si para entenderme en alguna ocasión tiene que meditar más de lo que quisiera, esta torpeza mía contribuirá á su buena educación.

Presumo que en mi difícil y simpática tarea me iluminará la fé, ya que la esperanza me alienta y la caridad enciende en mi alma la llama del amor. Así pues, sin vacilar más comienzo, pidiendo á Dios salud, fortaleza é iluminación, y á quien me siga un poquito de paciencia, atención y reflexión; que yo le concederé en premio el paso por *el camino de la dicha*, que conduce á una vida feliz en la Tierra y á un incomparable gozar eterno en el Cielo.

ANGEL BUENO.

Madrid 1.º de Mayo de 1897.

ÍNDICE.

Propósito.....	3
Dios.—El Hombre.—La Naturaleza.....	5
Nuestro destino y fin.....	8
¿Quién domina en la vida; el cuerpo ó el alma?.....	9
¿Cómo domina el alma?.....	11
La actividad y el ocio.....	14
Querer es poder.....	17
El mandato de sí mismo.....	19
Debilidad del alma.....	22
La virtud.....	24
El vicio.....	27
La imaginación.....	29

A este librito seguirán: DIOS — NATURALEZA — HOMBRE



ALMA

DIOS.—EL HOMBRE.—LA NATURALEZA.

Nada existe que no haya sido creado por Dios; desde la menuda arenilla de las playas, hasta los mundos de gigantescas proporciones que en incalculable número se mueven por los espacios insondables. Dios es autor y conservador del Universo, de la Naturaleza; y ésta es, en su conjunto y detalles, sublime reflejo de Dios, muestra soberana de su poder infinito.

¡Pero el hombre!... El hombre, creado por Dios *á su imagen y semejanza*, tiene también parecido con el animal; algo del ángel, algo del bruto; en parte es muy superior á la materia animada, viva, y en parte solo materia de tal naturaleza.

Este *algo* semejante á la divina sustancia que hay en nosotros, es inmortal, perdurable, y lo llamamos ALMA. Y la parte material que en cierto modo nos hace parecer á las bestias—aunque el aspecto de conjunto es lejano, porque el alma ennoblece y perfecciona en alto grado la materia en el hombre—se llama CUERPO y es, como el de la bestia, mortal ó perecedero. Ni el alma (aliento del Altísimo) podría ser mortal, ni el cuerpo (materia animada) podría ser inmortal. Así, la vida de este último es de corta duración; la del alma, no tiene fin.

Si nuestro cuerpo, en su composición, forma y funciones, en sus necesidades múltiples, es como el de los animales más superiores,—aunque considerablemente perfeccionado y ennoblecido—el alma en cambio nos distingue por completo del animal, pues que con ella ejecutamos funciones muy superiores á cuantas puede realizar la bestia menos bestia. Esta no podrá nunca comprender y amar como nosotros cuanto nos rodea; mucho menos comprenderse á si misma; mucho menos penetrar (eo los estrechos límites que el Creador nos señaló) aquello que no se puede oír ni ver; gustar, tocar ni oler; lo *espiritual* y lo divino.

Y si para conservar el cuerpo, para *vivir*, tenemos que hacer á toda hora muchas de las cosas que hacen los animales, sufriendo como ellos y como las plantas, trastornadoras influencias de la materia inanimada ó muerta, en cambio para conservar el alma, para *pensar y obrar en conciencia*, hacemos cosas muy distintas y superiores á las que puede ejecutar el animal más perspicaz y activo.

Algunos ingenios suponen al hombre de naturaleza por completo distinta, en conjunto y detalles, á la de cuanto le rodea, y como si el Universo fuera hecho únicamente para dominio y recreo nuestro. Este es un orgulloso pensamiento injusto, pues grave error es considerarnos cosa por completo distinta á la Naturaleza, cuando de tal modo íntimo estamos unidos á ella.

Otros ingenios suponen al hombre descendiente de un género especial de bestia más y más perfeccionada en el transcurso de los tiempos hasta llegar á las asombrosas perfecciones del hombre. Este es un pensamiento miserable, más injusto aún que el anterior; pues es aún más grave error suponer que

la bestia pueda llegar á comprender cuanto le rodea, á darse cuenta de sí misma, á sentir y á comprender (en estrechos límites) á Dios; á expresar su pensamiento por el lenguaje; á dar forma con las manos á las más sublimes ideas. Dios no hizo ningún género de animales á su imagen y semejanza, ni en los siglos de los siglos llegará jamás ninguno á convertirse en hombre. Mientras nuestro cuerpo, como todo otro cuerpo animado, se descompone en los elementos de que consta cuando llega la *muerte* — que la muerte es sólo esa simple desunión de materiales organizados al abandonarlos el alma, — ésta sigue viviendo en la *eternidad*, de que á todas horas nos habla la noble y constante aspiración que sentimos á la verdad, al bien, á la belleza; porque el alma es inmortal. Y tal hecho doble, que nadie en sano juicio negaría, prueba bien nuestra doble existencia.

Si fuéramos no más que materia animada, de naturaleza bruta, no podríamos abarcar con el pensamiento Cielo y Tierra, Universo y Creador. Si fuéramos no más que espiritual sustancia, pensamiento, de naturaleza angélica, no estaríamos sujetos á necesidades múltiples, imperiosas, que la bestia siente también, como es el comer, respirar, moverse y descansar, etc., etc. Quien se juzgue soberano y despótico señor de la Naturaleza, de muy distinta procedencia y calidad que ella en un todo, es impío. Quien se crea no más un poco de tierra animada, semejante por completo al bruto, otro impío más grande. Observando con atención y discuriendo con juicio, vemos y razonamos á toda hora que estamos íntimamente unidos á Dios y á la Naturaleza; á Dios por el alma, á la Naturaleza por el cuerpo. Que, en consecuencia, ni somos ángeles

ni bestias. Y que, en fin, el hombre sirve de lazo de unión entre el Creador y la creación, estando enlazado al primero por el pensamiento, por la razón, por el alma, con la misma fuerza que su cuerpo le une con la Naturaleza, con la Tierra, con el astro en que habitamos; porque somos, en fin, dichoso conjunto de alma y cuerpo del alma inmortal y del cuerpo perecedero.

NUESTRO DESTINO Y FIN.

Si logramos penetrar verdaderamente el objeto para que nos creó Dios, nuestro *destino*, y cuál sea el fin que nos aguarda, entonces pondremos nuestra actividad al servicio y buen cumplimiento del tal destino, aguardando serenos el fin; y de esta forma, nuestros pensamientos y acciones, la conducta que observemos, será buena, encaminada á la felicidad.

Mas para conocer nuestro destino y cumplirle dignamente, aguardando serenos el fin de la vida, hemos de conocernos antes á nosotros mismos; y como todo nos prueba la verdad grande de esta unión ó relación íntima del hombre con Dios y con la Naturaleza, necesitamos ante todo explicarnos bien semejante relación, penetrar bien tal lazo estrecho; lo que á su vez no será posible sin conocer (en el grado que la razón, el sentimiento y la fé alcanzan) á Dios y á la Naturaleza.

Sin esto, imposible sentir y comprender la grandeza del ser humano; de esta sublime máquina, compendio de la Creación, animada por todas las fuerzas de la Naturaleza, ennoblecida y levantada hasta el trono del Altísimo por el aliento divino que el propio Señor Creador nos infundió; por el alma.

Con tales razones, guiado de profunda convicción y buen intento, pidiendo fuerzas al que las dá y mantiene por doquier con mano pródiga, es mi propósito mostraros en sucesivos libritos la sublime grandeza incomparable del Creador, las maravillas de la Creación, para por tal camino conduciros al conocimiento de vosotros mismos; conocimiento que suministra la enseñanza de nuestro destino y fin, alentándonos á cumplir bien el uno, y al sereno esperar del otro, cuyo fruto es la mayor felicidad posible en la Tierra y la recompensa eterna al bien obrar en el Cielo.

¿QUIÉN DOMINA EN LA VIDA; EL CUERPO
Ó EL ALMA?

Antes de hablar de Dios y la Naturaleza, precisa discurrir un poquito sobre el alma, sin la cual no es posible el conocimiento, hijo exclusivo de ella en lo creado; que la materia no conoce, no puede saber. He aquí el objeto de las siguientes páginas.

Siendo el hombre un compuesto de alma y cuerpo, alguno de los dos necesariamente ha de mandar ó dominar sobre el otro; porque cuando dos con igual poder tratan de gobernar la misma cosa, nunca hay en ella orden ni concierto, no dominando en realidad ninguno; lo que es más, acabando por inutilizarse ambos. Y la vida humana, al contrario, está excelentemente gobernada y mantenida en armonía grande, como lo está la actividad soberana del Universo.

Alguno de los dos indudablemente domina al otro, y es de gran importancia que ante todo averiguemos cuál y cómo, porque sin saberlo imposible

que descubramos nuestro destino y fin; imposible en consecuencia, que seamos felices en el buen empleo de la vida.

¡Quién domina!... Facilísimo descubrirlo en los hechos y en el pensamiento: Cuando tenéis un dolor material cualquiera, y veis ú oís algo que os impresionada hondamente el ánimo, como por encanto se os vá el dolor por algunos instantes; y para todo enfermo es un alivio material muy grande el gozo del alma en la compañía y consuelos de seres queridos. Ya hombres, para olvidar por completo, en momento determinado, la más aguda dolencia física, nos basta el hecho de fijar voluntariosos, de *reconcentrar*, el pensamiento en una sola idea; y si esa reconcentración nos lleva al olvido momentáneo de la vida real material, viviendo solo para el pensamiento, mucho más. Cuando por misteriosa enfermedad se vé el hombre privado de razón en cierto grado, por uno y otro y otro día, su *idea fija*, la *mania*, la *locura* que le asaltó, le priva de todo sufrimiento físico, de muchas enfermedades, de las dolencias materiales de la muerte en frecuentes casos. Por último, cuando en más triste enfermedad aún—*imbecilidad*, *idiotismo*—se pierde para siempre la nobleza del ser con la razón entera, el hombre vive en el tristísimo estado de la bestia!...

¿A qué más pruebas de la observación, de la experiencia? Aparte de que á miles podríamos hallar otras demostraciones tan claras como las anteriores en los hechos de la vida humana, bien nos enseña lo anteriormente expuesto que es el alma quien domina en nuestra existencia.

Y por quedarnos más satisfechos, preguntemos á la propia razón.—«¿Por qué dudas?»—nos grita.—«¿No es el pensamiento de Dios quien agitando su

voluntad soberana creó y gobierna el Universo, pieza por pieza, siglo tras siglo? ¿Y no está unido tu pensamiento al suyo soberano, de quien imagen y semejanza es? ¿Y no soy yo obra predilecta de Dios? ¿Ni qué otras obras comparables á ésta tiene Él sobre la Tierra en que habitas, ni qué otra cosa en ella es capaz de sentirle y comprenderle, en los límites que *su divina majestad* consiente, y amarle sobre todo otro amor; de sentir y comprender y amar su propio ser, y todo cuanto le rodea?... ¿Por qué dudas?... ¡Es impiedad tal duda! El alma noble domina al cuerpo perecedero, aunque éste aqueje en buena parte por sus funciones al espíritu que le anima.»

He aquí cómo la experiencia y la razón nos muestran y demuestran con pocos esfuerzos, claramente, que el alma es la dominadora en la vida humana real; porque vivir sólo la vi la animal no es ser enteramente hombre. Y con tal creencia sólida, buscando siempre y por todas partes nuevos fundamentos para ella, hallaremos con seguridad el modo de cumplir bien nuestro destino y de aguardar serenos nuestro fin, de emplear nuestras actividades en el servicio del *bien*, la *verdad* y la *belleza*; aspiraciones nobilísimas que dan en su conjunto dicha relativa en la Tierra, eterna dicha en el Cielo.

¿CÓMO DOMINA EL ALMA?

Siempre vencedora el alma, nos inclina al bien, la verdad y la belleza, en pensamientos y acciones; he aquí cómo ejerce sus dominios. Nos seducen las verdades que arrancamos á la Naturaleza, observando, experimentando, meditando. Nos entusias-

man las bellezas percibidas ó que realizamos; y las buenas obras de otros, vistas ú oídas, y las propias pensadas ó practicadas.

Por descubrir las verdades y aprovecharse de ellas para el bien propio y el de la Humanidad entera; por confesarlas luego noblemente, á millares han dado y dan su vida material los hombres; como la dieron y dan por hacer el bien, por salvar la vida ó por evitar el peligro en que se ponen de perderla, á sus hermanos.

La belleza del alma, expresada en lo material, nos seduce, nos atrae misteriosamente: en el semblante, en las palabras, en los gestos, en los actos, en las obras de arte... Cuando vamos al teatro, por ejemplo, si la obra es buena y la representan bien, nos sentimos por eso arrebatados de entusiasmo ó indignación á cada momento, tanto por los pensamientos que el autor escribió como por el sentimiento que al expresarles finge el actor.

Pero más, mucho más claro se vé el modo como el alma ejerce su dominio soberano en la vida, examinando el poderoso papel que en ella ejercen la bondad y la maldad: Siempre vencedora, y según la mayoría de los pensamientos que engendra, hace á los hombres buenos ó malos por su conducta, por sus actos. Y los hombres buenos, se hacen cada vez más nobles y ennoblecen á cuantos con ellos tienen trato íntimo, porque la bondad del alma vence toda resistencia extraña; y modificando los pensamientos del prójimo, modifica al paso sus acciones. Y hasta como que mejora y purifica el bueno las condiciones propias del suelo en que habita, de la atmósfera que respira, dándolas cierta fuerza misteriosa de atracción; no ya sólo por haber ejercido allí sus virtudes y trabajos materiales, siempre útiles, sinó hasta por

el hecho único de su presencia, aún por el recuerdo de ella.

¡Cuántos restos mortales se veneran siglos y siglos! ¡Cuántas casas y sitios se visitan fervorosamente por el recuerdo bienhechor de haber sido habitación de algún santo! ¡Cuánto bien causa el virtuoso en sus admiradores, que procuran imitar á toda hora aquellas grandes acciones nobles, vistas ú oídas!

«¡No te apartes del bueno! ¡Huye siempre del malo!»— nos dicen las madres. Y el pueblo sencillo, atraído siempre y completamente dominado por las almas fuertes en el bien, acude presuroso en pensamiento y obras al bueno, al noble, al virtuoso, al santo, y á cuanto con él tuvo relación íntima. Y lo hace porque siente elevársele, crecésele así el alma, todo el sér ennoblecésele. Y con el placer íntimo que proporciona el agradecimiento sincero al bien recibido, aumenta en su fantasía, en sus relatos, la beatitud, las virtudes, las heroicidades, los milagros de aquella alma fuerte que le atrajo.

En cambio, esas mismas gentes sencillas huyen aterrorizadas del malo, del criminal del recuerdo y del lugar del crimen: porque el malvado emponzoña cuanto toca, cuanto mira, cuanto respira; y en su afán constante de no manchar la pureza de su alma con el contagio, no sólo huye del mal, sinó que lo reviste de formas fantásticas, medrosas, horribles; allí donde se cometió un crimen, dicen las almas sencillas que ven *aparecidos*, *espectros* vengadores, manchas de sangre que no desaparecen nunca, que se refrescan un día al año, como se aparece el fantasma un momento preciso cada día, aquel en que se cometió el crimen, viéndose entonces á la víctima angustiada y palpitante.

¡Tal es el horror que la maldad inspira! ¡Tal es el temor á la fascinación en los sencillos y débiles! Porque todas estas invenciones de la imaginación, son producidas por el temor, por el miedo, que causa la maldad.

¡Pues y los gritos de la *conciencia*, esa voz imperiosa, justiciera, divina, que nos premia y castiga con severidad extrema; que obliga y prohíbe al hombre ejecutar sus voluntades; que jamás se conforma con los apetitos corporales ni con el juicio de los hombres!...

¡Hasta tal punto llega el dominio que en la vida ejercen la bondad y la maldad, el triunfo del bien por la conciencia, voz interna que de Dios nos habla y á Dios tiende á toda hora!

¡Tal es el modo como domina en la vida humana el alma noble!

LA ACTIVIDAD Y EL OCIO.

El alma domina siempre en la vida noble y real. Y cuando por virtud de una buena educación constante que á Dios tenga por guía y norte, nos acostumbramos á ejercer en buena forma tal dominio desde pequeñitos, apartando á toda hora el pensamiento y la acción del mal, fijándoles siempre en el bien, se siente ennoblecer el sér, elevarse el alma, modificarse el organismo,... y hasta hacer virtuosas y fuertes á las gentes que nos tratan; porque el dominio ejercido llega así á ser completo y salvador.

Por eso los pocos sabios verdaderos que en el mundo hubo, prolongaron su vida,—no porque vivieran muchos años, sinó porque aprovecharon la existencia para sí y para el prójimo—y gozaron en

ella de salud, de hermosura real, de paz y dicha. Por eso no tienen explicación los bienes que con su ejemplo y consejo hicieron en cuantos les trataron: el virtuoso, el fuerte, al dominarse á sí mismo domina á los demás. Y tan inestimable bien del imperio completo del alma, se logra fácilmente acostumbrándose desde pequeños á vencer las malas pasiones, pensando en Dios y pidiéndole auxilio, con fé grande y firme de que tal vencimiento es posible siempre en la forma dicha; tan posible como necesario para la felicidad terrenal, para la eterna salvación. ¿Y cómo adquirir tal costumbre de vencedores? Solo hay un medio: después de la preparación señalada como de entera necesidad, la *actividad*, que es estar siempre ocupados en cosas útiles, con el mayor gusto y buena voluntad en el trabajo para que así nos sea agradable.

Porque hacer las cosas de mala voluntad y con disgusto, ocuparse en cosas perjudiciales ó siquiera inútiles, es el principio de la holganza y dejadez, del abandono, del *ocio*, camino seguro para llegar á ser esclavo de las pasiones desordenadas, perdida la fé y la esperanza en Dios; para hacerse desgraciado por toda la vida; para tener que renunciar á la salvación eterna.

La actividad verdadera exige que cada día se reconcentre el pensamiento por el mayor tiempo que podamos sujetarle, en lo bueno, lo útil, lo que eleva y fortifica: En Dios sobre todo, en los hombres y la Naturaleza y las obras de arte después. Amor de Dios y del prójimo;—padres, hermanos, maestros, parientes, amigos, personas capaces de fortificarnos por su vida ejemplar y conocimientos.....—amor de admiración á las ciencias y las artes; amor á todo lo creado y sus naturales productos; mucho amor,

porque sin amor no hay bien, sin bien no hay actividad, sin actividad no hay virtud ni dicha.

Y luego necesitamos realizar el bien pensado, inspirándonos siempre en el amor á la verdad y á la belleza, guiados siempre por la buena voluntad fortalecida durante el divino auxilio, por el entusiasmo, por el propio amor grande en que se debe inspirar todo acto inteligente. Primero pensar bien, luego ejecutar el bien pensado. Cuando estudiamos, cuando ayudamos á los nuestros, cuando cumplimos las propias obligaciones, siempre por delante la idea de Dios en la conciencia, el buen pensamiento y la buena voluntad.

¡Qué maravillosos efectos se logran siendo así activos! La virtud de las virtudes á que llamamos *paz del alma, tranquilidad de conciencia, serenidad de ánimo*, se adquiere únicamente por la actividad constante en el bien; claro que auxiliada y conducida por la fé en Dios, porque sin su ayuda nada puede el hombre.

Por la actividad en la forma dicha, desaparecen ó se debilitan injustas y tiránicas exigencias corporales, y hasta en cierto grado y por cierto tiempo se olvidan las necesidades verdaderas de la vida animal, en fuerza del dominio del alma; hay así momentos de *abstracción* profunda en la existencia del artista y del sabio, momentos de *éxtasis* en la del santo, en que viviendo sólo con el alma gozan de un bien supremo que no puede tener semejante en el mundo de los hombres.

La actividad continua para el bien, el hacer constantemente algo útil —y este no impide el juego noble ni el descanso, tan necesarios á la vida— espanta ó por lo menos amengua la enfermedad, la tristeza, el disgusto, el vicio; porque el realmente

activo no tiene tiempo de estar enfermo, triste, disgustado, ni de cometer malas acciones; mucho más, si se varía el ejercicio para que así sea siempre agradable; y si se hace con ese gozo íntimo que sólo la fé en Dios y el ejercicio de la virtud dan: porque, de tal modo, la imaginación es inclinada por el lado bueno, y huye de cuanto puede atormentarla. ¡No estéis jamás desocupados! ¡Sed siempre activos; haced todo con el mayor gusto, con el mejor deseo y voluntad, desde el estudio hasta el juego ó distracción inocente, y hasta la ruda faena material.

Al contrario de la actividad, el *ocio*, la holgazanería, derrocha el tiempo en la preocupación, en el dolor, en la enfermedad y el vicio, en los malos pensamientos y acciones perversas, aumentando siempre el mal y aun atrayéndole; porque la imaginación se vé así inclinada por el lado malo. «Gente ociosa, mal pensamiento.» Gente holgazana, poca salud y menos virtud.

La actividad noble conduce á la serenidad del alma, á la caridad, la virtud, la salud, el saber, la belleza, la verdad, la bondad... El ocio guía fatalmente á la indiferencia, al egoísmo, á la intranquilidad de conciencia, al atraso, á la barbarie, á juzgarlo todo mal y con parcial interés; y sobre todo, á la duda, á la falta de fé y de esperanza en Dios. La actividad fortalece. El ocio debilita por el vicio y la enfermedad; mata el alma y el cuerpo.

QUERER ES PODER.

Aumenta la felicidad del vivir y las probabilidades de alcanzar la gloria á la muerte, á medida

que el alma se ennoblece más y más: porque cuanto más noble es el alma, domina mejor al cuerpo y á la Naturaleza. Y el ennoblecimiento del alma es precisa consecuencia de la actividad en el bien; por eso el realmente activo alcanza la dicha, si antes pidió á Dios el necesario auxilio para ello.

Más para ser así diligentes y buenos desde pequeños, para ocuparnos con agrado y á cada instante en lo útil, para ir acostumbrándonos al vencimiento de nuestras pasiones innobles, para aprender á dominarnos á nosotros mismos, necesitamos ante todo tener buena voluntad; porque *querer es poder...*

Por la buena voluntad, ejercitada desde niños, se logra dominar el mal, pensando y ejecutando siempre el bien, que Dios por la conciencia y la revelación señaló al hombre; empleándonos á cada instante en lo grande y noble, lo digno y majestuoso... Se logra, en fin, ser realmente activos, teniendo por pequeño y miserable todo mal, todo aquello que á la recta conciencia se opone.

Desde pequeños hay que guiar bien la voluntad; porque sin que ésta se incline desde luego al bien, no se pueden dominar pensamientos y acciones, no se puede impedir el mal y hacer triunfar siempre el bien; no se puede estar siempre ocupados con agrado é interés en lo útil, ser en realidad activos.

Siempre que desde pequeños se ejercite convenientemente la voluntad, y que la fé y la esperanza en Dios y una buena educación vayan poco á poco iluminando la conciencia y la razón, se fortalecerá el alma en el bien, conduciendo á la virtud y separando del vicio.

Porque la voluntad está siempre en lucha con la imaginación; y cuando aquélla triunfa de ésta, en los casos graves, por su buen ejercicio continuo,

entonces todo va bien en la vida; pero cuando, al contrario, vence la imaginación sin que razón y conciencia la guíen en sus triunfos, entonces vicios, maldades, enfermedades, tristezas, preocupaciones, hacen desdichado al hombre.

Una voluntad débil, unida á fuerte imaginación mal educada, conduce á la locura; y locura es la maldad, el vicio, el crimen. Una voluntad firme y buena, unida á imaginación bien educada y vencida siempre en los casos graves por aquélla, háce triunfar el bien, constituye la dicha.

Por esto la buena voluntad es condición esencialísima, mejor base de toda felicidad; ella, ejerciendo sus dominios sobre el pensamiento y la acción, hace que la actividad y la imaginación se empleen en el bien, en lo noble, en cuanto el Altísimo exige del hombre con perfecta sabiduría y justicia.

EL MANDATO DE SÍ MISMO.

Voluntad es el poder que el alma tiene de querer ó no querer pensar y ejecutar las cosas; poder cuya fuerza varía muchísimo en cada hombre, siendo llamado *débil* ó *fuerte* según el grado en que puede usar de tal poder. Y el acto de ejercer la voluntad, se llama *mandato*.

El alma, pues, *manda*, mediante la voluntad; y el mandato puede ser hecho á otra persona ó á nosotros mismos. Mi voluntad me ordena y ordena á otros que haga tal cosa, que no haga tal otra.

El mandar á los demás, no suele contribuir á la felicidad propia; al contrario, en muchos casos nos produce enfermedades y vicios el ejercicio de tal imperio, porque es muy difícil mandar en prudencia

y justicia, y porque es más difícil aún saber no considerarse en todo superior á los seres en quienes se manda.

En cambio, el mandarse á sí mismo en conciencia, el imperio personal, dá siempre por inapreciable fruto salud y virtudes, que es felicidad real.

En lugar de acostumbraros á mandar, y mandar con altanería ó despotismo las más veces, á vuestros inferiores, á vuestros iguales, aún á vuestros superiores si son débiles, acostumbraros á ejercer el mandato sobre vosotros mismos, con cuanta firmeza os sea posible, siempre en conciencia y aumento, y habréis hecho vuestra felicidad. ¿Tenéis pereza para el trabajo? pues ordenad altaneros á vuestra memoria, á vuestra razón, á vuestras manos que lo ejecuten. ¿Vais á cometer una mala acción? pues mandad á la fé y la esperanza en Dios, al sereno juicio, á la reflexión, que griten escandalosamente allá, en vuestro interior, á donde sólo vosotros oigáis el escándalo, y la mala acción pensada huirá del pensamiento amedrentada.

Y desde pequeñitos es preciso ejercer el mandato de sí mismos, porque es cosa difícil, muy difícil, el lograrlo; y solo mediante un prolongado ejercicio se llega al fin; además, *árbol que crece torcido, jamás su tronco endereza.*

No temáis teneros que privar para ello de placeres, de ilusiones, de delicadas pasiones. Al contrario, permiten muchos goces la buena voluntad y la actividad real; goces inestimables por lo deliciosos; que son los más reales placeres aquellos en que el disfrute es puro, grande, verdadero; y precisamente estos placeres son los que permiten y hasta proporcionan las virtudes venidas del Altísimo.

Aprender á conocer este imperio de sí mismo que

el alma ejerce mediante la buena voluntad y actividad constante, es la ciencia de las ciencias, el arte de las artes, el conocimiento más útil y necesario; porque en su aprendizaje vamos adquiriendo paz de conciencia, salud, juicio, serenidad de ánimo, virtud, talento, bondad...; y al fin del conocimiento nos encontramos con la suma de todos estos bienes, que es la dicha en el Eterno.

Y sabed que todos nacimos para el bien, para la virtud, teniendo la culpa de ser malos uno mismo y los que andan á su alrededor; no la Naturaleza, ni mucho menos Dios: A ningún irreflexivo ladronzuelo de golosinas deja de latirle fuertemente el corazón al echar mano con sigilo al prohibido fruto; lo cual es segurísima señal de que todos nacimos para la virtud, para ser buenos. ¡Y tantos hechos sencillos lo prueban igualmente!... Porque desde pequeñitos nos avisan la conciencia y el sano juicio sobre la bondad y maldad de pensamientos y acciones; por lo que siguiendo los impulsos nobles y huyendo de los malos, nosotros mismos podemos guiar la voluntad al bien. Por eso, para ser dichosos basta sólo con escuchar y utilizar desde niños los gritos de la conciencia, las advertencias del juicio, los buenos consejos, inspirados en el amor fervoroso de Dios; basta con observar en todo una conducta que alegre siempre, que ni por el más pequeño momento abochorne ni entristezca siquiera; cosa que se logra sólo mediante el mandato personal, mediante el imperio sobre sí mismo, iluminados siempre por las divinas luces que de lo alto llegan siempre al que con fé las pide.

DEBILIDAD DEL ALMA.

Es fácil que en vuestro pequeño mundo—la escuela y la casa—gocéis ejemplo y consejo del propio género que en su bondad os dicta la conciencia, el juicio, guías seguros de la vida; y aun es fácil que tal ejemplo y consejo sean muy superiores en virtud á vuestro propio impulso. Si tal sucede, daos por dichosos é imitad, obedeced á toda hora: que obrando así, con el aprecio de las gentes encontraréis el bienestar.

Y estad seguros de que sólo los primeros pasos son difíciles, porque la costumbre lo hace luego todo. Como al sentirnos atacados de soberbia, de gula, de envidia, etc., os sepáis contener las primeras veces, escuchando el grito de la conciencia, la advertencia del juicio, el consejo, el ejemplo, todo irá bien. Porque las ideas y las costumbres que de niños se adquieren, dominan en la vida; y si fueran buenas, y con el tiempo cultivadas y ordenadas, cuando hombres somos nos dan *serenidad de ánimo*, que es verlo todo en calma, sin pasiones que ciegan, con claridad que ilumina, con entusiasmo que anima y fortalece en toda ocasión.

Si por desgracia vuestra no observáis en los lugares sagrados de la casa, de la escuela, esa conducta siempre igual en los superiores, conducta que á todas horas regocija, que no sonroja ni entristece jamás en la conciencia, compadeced caritativos, temerosos siempre, y no imitéis nunca; pero al compadecer, hacedlo sin mostrar enfado, despego, acusación ninguna; porque á un superior de tal naturaleza no hay razon en la justicia eterna para faltarle, para despreciarle, para reprocharle en su

conducta; antes bien, y sin la menor indicación de nuestro intento, procurad con la vida noble que observéis modificar la suya, seguros de poderlo conseguir si lo hacéis con amor grande; y más, si sois candorosos; porque á veces convence más la mirada del inocente que el discurso del sabio.

Y si en tal caso desgraciado os cupo la fortuna de observar y experimentar fuera del lugar de vuestros amores esa conducta, ese buen ejemplo y consejo necesario, imitadlo desde luego, sin dar á conocer el mal que se encierra en vuestro pequeño mundo, respetándolo como se debe respetar siempre cuanto se refiere á la representación de Dios en la Tierra.

Una débil voluntad enfermiza, no logra fortalecer el alma en el bien, en la virtud; pero las voluntades débiles son hijas del abandono en los primeros años, y no las tienen aquellos que desde pequeños se acostumbran al mandato de sí mismos.

Los efectos de tal debilidad son terribles; porque entonces la voluntad deja que á toda hora asalte al alma tristeza grande, incurable desconsuelo, que con frecuencia trae enfermedades al cuerpo; y al alma el ocio, el vicio, la mala vida...

Si te sientes débil de alma y te cuesta trabajo el dominio de tí mismo por el sólo imperio de tu voluntad, acude á otra alma más fuerte que aliente la tuya; pero, sobre todo, pide auxilios á Dios; y lleva una apuntación de las faltas que al día, á la semana, al mes, cometes sobre tus principales defectos; consulta con gran frecuencia la nota, y con la sana intención de ir disminuyendo siempre las faltas; y como lo hagas de buena fé, ¡cuán pronto llegará el día en que no tendrás apuntación que hacer ni felicidad que envidiar!

Después de todo, la resistencia á seguir los impulsos del bien es una tontería que prueba siempre poco discurso: porque Dios lo exige por la conciencia y la Ley divina, y justiciero es en tan alto grado como amoroso, y siempre castiga ó premia según méritos propios; y porque la Naturaleza es severa en sus principios, y cuando no queremos obrar espontáneos en nuestro beneficio, nos obliga ella á obrar forzados en nuestro perjuicio; porque se pierde quien no aprende á resistir y vencer, en lo posible, aquello que naturalmente sucede.

¡Cuánto mejor que hacerlo todo forzados, como las bestias de carga, acostumbrarse desde niños al cumplimiento del deber, al mandato y obediencia personal; á seguir los nobles impulsos de la razón y la conciencia, encaminándonos al bien, la verdad y la belleza—principios eternos y en tanto divinos;— al aborrecimiento profundo de cuanto por no conducirnos á tales principios, no es noble ni digno!

LA VIRTUD.

Por ejercicio continuo de la voluntad bien dirigida, se llega al dominio feliz del alma sobre el cuerpo; al poder de mandarse así mismo; poder de inestimables resultados en lo humano y en lo divino. Mas para conseguirlo, la voluntad ha de encaminarse desde luego á la virtud

Y así encaminada y ejercitada, se llegan á poner de acuerdo, á *armonizarse* cuerpo y alma; estado feliz de que gozan los seres privilegiados y á que todos podemos llegar con el esfuerzo y ayuda precisos: poned en juego todas las fuerzas nobles del alma, decid á quien mejor sea y más sepa que os

ayude, pedid sobre todo á Dios el auxilio de su divina gracia, y os dominareis, mandándoos á toda hora en la virtud.

¿Y qué importa así ser pobre, infortunado, contrahecho, despreciado, perseguido, calumniado, enfermizo, si sentimos dentro de nosotros ennoblecerse el alma, elevándose por sobre todo lo innoble? Porque si consigues esa armonía del alma y del cuerpo, ese dominio inteligente de aquélla sobre éste, cuanto te suceda lo tendrás por bueno, por un bien real, no desechando jamás el pensamiento de que Dios te hizo para ser feliz, y que si no lo eres tú sólo tendrás la culpa.

Si desde pequeño perfeccionas paso á paso tu alma en el bien pensar y bien obrar, está seguro de que paso á paso perfeccionas también tu cuerpo, tu organismo material; pues la virtud dá salud, fortaleza y belleza al alma, y ésta se la trasmite en cierto modo al cuerpo.

Porque yo no entiendo aquí por *salud* el hecho de sentirse de tal modo que ninguna parte del cuerpo pueda molestarnos por su mal estado. ¡Cuántos en tal forma hay, sin embargo, enfermos, muy enfermos, quejándose de males corporales que sólo están en su mal conducida imaginación, en su poca fé y esperanza y caridad! *Estar sanos* es para mí ahora el hecho de poder dominar la propia enfermedad real cuando llega, toda dolencia física, con las energías del alma puesta en Dios por la virtud: ser invulnerable al mal del alma (el pecado), y poder ofrecer al mal físico buena cara.

Ni entiendo aquí por *fortaleza* sentirse capaz de rendir un toro, de cargar con un cañón; porque muchos fuertes de tal género sienten flaqueárseles las piernas ante pequeñas acometidas de su imagi-

nación. *Ser fuerte*, es para mí ahora el poder de resistir y vencer los ataques del vicio, toda maldad, toda contrariedad, con las energías del alma.

Ni entiendo aquí por *belleza* el poseer ese conjunto de atractivos físicos, pasajeros, que nos fascinan en el primer momento; porque muchas bellezas así repugnan al alma, sin embargo de que ella ama siempre la belleza real. *Ser bello* es para mí ahora poseer esa simpatía general é irresistible que revela paz, serenidad de alma, expresada en plácida y penetrante mirada, en apacible sonrisa natural apenas notada por lo tranquila; esa simpatía cuya impresión benéfica dura en el alma y no se nos desvanece sino á muy duras penas; esa serenidad placentera en la constante apariencia de bondad, firmeza, mansedumbre, virtud...

Los momentos apasionados, rompen la armonía del conjunto; pero cuando fuera de ellos se observa en las facciones del hombre ese dichoso aspecto que dan la sonrisa natural, el mirar tranquilo, puede casi siempre juzgarse muy bien de la armonía que en su alma del propio modo existe; del feliz equilibrio de sus facultades; equilibrio que constituye la paz, la serenidad. En tal caso, bien puede decirse de la persona que está sana, que es fuerte, bella y buena.

Sólo, pues, cuando vienen del alma son reales la belleza, la salud, la fortaleza; porque esas prendas materiales no satisfacen al alma sino cuando de ella vienen; porque el alma transfigura al cuerpo mediante la virtud, le ennoblece y embellece en el más real sentido de las palabras; porque dominando en nosotros el alma, cuanto no viene de sus fuerzas benéficas no satisface al hombre; los héroes griegos fueron bellos, fuertes y sanos, mientras ennoble-

cieron su alma en el ejercicio de la virtud. En el cuerpo de más bellas apariencias de ideales atractivos de robusted y salud, puede muy bien notarse, y en muchísimos casos se nota, terrible desequilibrio del alma; falta absoluta de salud, belleza y fortaleza, por la falta de virtud; por la falta de fé, esperanza y caridad; por la falta de prudencia, justicia, fortaleza y templanza; nobles prendas espirituales que para defendernos continuamente del rudo embate constante de las pasiones, nos dió el Señor Creador.

EL VICIO.

Por lo mismo que la virtud es la salud, el vicio es la enfermedad. Quien vá contra el vicio, vá contra todo mal físico, al combatir el espiritual. Quien emponzoñó su alma con pecado grave, antes de que el castigo eterno le sumerja en la eterna pena, ha de sentir en esta vida el castigo de Dios y el de la Naturaleza, que recompensa siempre con perfecta justicia rigurosa. Por eso no hay mal del alma que no se pague también en la materia; por eso todos los vicios se pagan en el propio cuerpo.

Las pasiones violentas, que son falta de serenidad, de fortaleza de ánimo, y en tanto de virtud, á más de al alma dañan siempre también al organismo material; y si estas pasiones son en alto grado violentas ó nos dominan por completo, llegan á matarnos juntamente con el alma el cuerpo; la cólera, la avaricia, la envidia, la gula,... causan efectos terribles en el organismo.

Los que á cada disgustillo ó contrariedad, á cada momento, fruncen la frente, se preparan una vida

poco dichosa. Los que voluntarios y resignados admiten todo lo irremediable, y hacen frente á lo remediable con perfecta serenidad, rechazándolo enérgicos, siempre con la frente tersa y con sonrisa noble, serán felices y alcanzarán la eterna bienaventuranza, si fundan esta fortaleza precisa para vivir serenos y resignados en los auxilios de Dios.

De tal modo por la conciencia transfigura el alma la fisonomía, que la de un niño, la de un hombre, cambian en los distintos momentos de la vida, del día, según pensamientos y acciones; siendo por ello más ó menos bella y simpática, porque la conciencia se la ilumina con espléndida luz apacible del Cielo, ó con fatídicos resplandores del infierno; en momentos de debilidad ó malvado apasionamiento, el rostro más bello del mundo se torna feo, enferma al sano, se torna en demonio el bueno, el inteligente en estúpido. Al contrario, en instantes de resolución noble y enérgica, de serenidad, sana el enfermo incurable, se vuelve el feo hermoso, se convierte el cobarde en héroe, el criminal en santo, el estúpido en sabio. Porque Dios enciende ó apaga la llama sagrada en el alma, según el uso que de sus fuerzas misteriosas hacemos en vida.

Por el ejercicio de una buena voluntad, desde niños y el alejamiento de los vicios, se logra para toda la vida mirar sereno y reposado á toda hora, sonrisa natural y plácida, apenas marcada; señales ambas que revelan equilibrio, paz del alma; ejercicio de virtudes y alejamiento de vicios, pensamiento constante en Dios y cumplimiento fiel de sus Leyes; felicidad.

LA IMAGINACIÓN.

La mayor parte de nuestros pensamientos les formamos en virtud de *imágenes* combinadas; esto es, mediante representaciones en el alma de objetos materiales que hemos percibido, y de ideas sobrenaturales que nos han asaltado; cosas que nosotros enlazamos para dar lugar así al pensamiento. Por eso es de altísima importancia *la imaginación*, el poder del alma para representarse objetos é ideas, cuando para pensar lo necesita.

La imaginación nos hace ver las cosas de muy distinto modo á cada hombre, y aún á uno mismo en los diversos instantes de su vida.

Si voluntad firme la guía, el alma lo vé todo por la imaginación según desea; si esa voluntad firme es conducida en la virtud por el Santo Espíritu, todo lo vé el alma por el lado bueno; y quien logra verlo todo por el lado bueno, aunque alguna vez se engañe, es más, mucho más feliz, que quien lo vé por el lado malo; porque verlo todo negro es sufrir mucho siempre, malgastar el tiempo, la salud, la vida, sin adelantar por otra parte nada; es arrojarse en la *duda*, el más terrible mal del alma, que aparta para siempre de Dios y la felicidad. ¡Cuánto mejor verlo todo del color de la esperanza!

Al sufrir una contrariedad, un disgusto, imagináos el bien que de ello podéis sacar, y no el aparente mal que os proporciona; obrad luego en consecuencia del buen pensamiento que así forméis, y el gozo será grande. Cuando, por ejemplo, se os manda estudiar ó trabajar á hora que no lo esperabais, en vez de disgustaros y poner mala cara por la contrariedad, recibid serenos la noticia; pensad

en el buen cumplimiento del deber, que es inestimable y que lo exige Dios, la conciencia, la razón; estudiad, trabaja! de buena voluntad, y la tristeza huirá, y el bien os recompensará, y aprovecharéis la vida en lugar de desperdiciarla: y con ello os vendrá la estimación de todas las gentes, y la de vosotros mismos que vale mucho más, y la de Dios que no tiene igual.

Muchos hombres se arruinan el alma y con ella el cuerpo con el constante pensamiento desconsolador de males que pasaron ya, de otros males que esperan, sin reparar que es de tontos el sufrir así; pues lo que ya pasó no tiene remedio, y en todo caso les valdrá más consagrar el tiempo al bien que no al recuerdo desconsolador del mal pasado, á la imaginación atormentadora del mal soñado.

Y lo que está por venir puede muy bien no llegar ó tener fácil remedio, valiendo más en todo caso poner buena cara y rechazar serenos y esforzados el mal que puede vencerse; recibir resignados lo irremediable. Energías, reflexión juiciosa, fé y esperanza en el Todopoderoso...; la mala cara es signo de debilidad en el alma, de sufrimientos angustiosos que acortan la vida.

De todo mal podemos y debemos sacar un bien por lo menos: el gran bien de la enseñanza que proporciona el vencimiento del mal, ó la resignación para recibirle si es irremediable. La serenidad nos hace comprender que los males son cosas naturales; y no debemos olvidar nunca que *«no hay mal que por bien no venga»*, tratando de encontrar el bien en todo mal, en lugar de aniquilarnos por dolor extremo; lo cual no es decir, ni mucho menos, que se reciban alegres las desgracias, sinó resignados cuando son irremediables, animosos cuando tienen remedio.

Y para todo ésto es preciso encaminar la imaginación al inestimable bien de verlo todo por el lado bueno, sereno, alegre; así sentimos el amor de Dios, el de nosotros mismos, el del prójimo, practicándolo á toda hora y deseando vivamente unirnos con el Señor por la fé y la esperanza.

Porque si bien dirigida la imaginación es causa de toda alegría, de toda felicidad, de todo bien, mal dirigida hace sufrir á toda hora, y muy pocas veces gozar, arruinando al alma y al cuerpo, llevando á veces á la locura, á la muerte aún, y aún á la condenación eterna.

Ahora bien; en nosotros consiste el gobernarla desde pequeños por el lado bueno, encaminándola desde luego con buena y firme voluntad con la virtud de Dios en pensamiento y obras. Porque si no son virtuosos, los fuertes de imaginación la emplean en el goce carnal, los débiles en el sufrimiento. La imaginación vigorosa mal dirigida, trae el mal soñado; la bien dirigida, el bien deseado. ¡Cuántos sin causa material ó física, caen realmente en la enfermedad por la imaginación de ella! ¡Cuántos por la bondad con que lo juzgan todo, logran ver realizado su ideal!

Cuando se impulsa en buen sentido la imaginación, todo vá bien luego si cuidando lo preciso del alma y el cuerpo nos entregamos á ella, pensando bien de todo y de todos. Y gozaremos así, seremos felices, aun en los mayores sufrimientos físicos y engaños de los hombres.

Ayudados por ella, no temeremos el mal ni le pondremos mala cara; le rechazaremos con valor, le venceremos si es posible, le admitiremos serenos, tranquilos, resignados, si es irremediable. Por eso, sintiéndola débil para encaminarse por la fé y la es-

peranza á la caridad, á la bondad, en los momentos difíciles y angustiosos de la vida, debemos, tras la oración ferviente esperando las luces de lo alto, pedir también auxilio de amistad verdadera á otra alma fuerte y virtuosa que fortifique la nuestra y la ilumine, haciéndonos pensar y ejecutar cuanto consuele y remedie, cuanto ennoblezca y eleve.

Con la ilusión tranquila y placentera, fundada en el amor á Dios, el respeto á su Ley, la paz de conciencia, se vive en un mundo hermosísimo en que el dolor es ahogado y ahuyentado el mal; con la serenidad de ánimo constante que dá tal género de vida, se logra la felicidad, que es precisamente esa ilusión placentera y benditísima de que cuanto nos rodea y nos acaece es bueno y se hizo para el bien; que hasta el mal hay que tomarlo en justicia como bien, porque Dios, suma sabiduría y bondad, no hizo nada malo; y solo la elección y el modo de tomarlo de nuestra alma, si no está fortalecida en Dios y en la virtud, es el mal; porque el alma así fortalecida, sintiéndose inmortal, tiembla á la idea del eterno castigo, de la reprobación de Dios, del disgusto de sí misma.

El poder de la imaginación bien dirigida, es maravilloso. ¡Feliz quien sabe así encaminarla! ¡Feliz quien tiene verdadera fé en cuanto piensa y hace con buena voluntad!



52